

CARÁCTER DEL ARTE GRIEGO (1)

Extensión geográfica del arte griego.

El arte griego no sólo ha florecido en la Grecia propia, pues si bien es verdad que allí brillaron ciudades famosas en la historia del arte, como Olimpia, Egina, Corinto, Argos, en el Peloponeso, sin olvidar á Esparta, y en el continente Atenas; las islas del archipiélago y las costas del Asia Menor, tenían las escuelas de Mileto, Efeso, Samos Creta y Chios; y Sicilia y el sur de Italia, resplandecieron también, en tiempo de su prosperidad, con el brillo de arte helénico. Así el dominio de este arte se extiende en la cuenca del Mediterráneo, desde Sicilia hasta el Asia Menor.

Los primeros orígenes.

La arquitectura y la escultura de Egipto y de Asiria, desarrolladas mucho tiempo antes que las de los griegos, fueron modelos para estos últimos. El arte oriental estaba entonces muy autorizado para no recomendarse á la inesperienza de los primitivos artistas del Asia Menor y del Archipiélago; pero hemos de guardarnos mucho de exagerar esta influencia, que si muy de notar durante todo le período arcaico y hasta ciertos maestros predecesores de Fidias, se limita á la aptitud y algunas veces al tipo, siendo el resto completamente griego, hasta el punto de que los notorios plagios parecen hechos, por los artistas,

(1) Puede leerse: *L'Archéologie grecque* de Collignon.

sin tener de ello conocimiento, por efecto de una reminiscencia y no de una copia.

Desde los ídolos de madera de ojos cerrados y brazos pegados al cuerpo, que los primeros artistas tallaron torpemente, hasta los guerreros de los frontones de Egina, el camino es largo, el progreso rápido y la distancia casi incomensurable; pero el estudio de este nacimiento tan interesante, corresponde sobre todo á la arqueología.

La escuela de Egina en el siglo VI nos ofrece muestras casi completas de las cualidades helénicas. La composición encaja fácilmente en el rígido espacio de los frontones del templo de Atenea en Egina, saca partido de las diferencias de superficie del triángulo, para variar las aptitudes y concentrar la acción en el medio, y sabe aprovechar las líneas del edificio, sin dejar de ser un ornamento arquitectónico. Una de las estatuas, Heracles disparando el arco, es una obra maestra del arcaísmo griego: el héroe está apoyado sobre el talón derecho; su pierna izquierda avanza como un arbotante; el torso retrocede para extender mejor la cuerda del arco; el brazo izquierdo estirado y rígido, y el derecho se dobla hacia el codo para atraer la cuerda; la mirada apunta con firmeza: la flecha va á partir. Las líneas generales se destacan con limpieza las unas de las otras, y tienen gran variedad. El arquero, de rodillas, á pesar de la aptitud, es notable por la facilidad con que está colocado y por la solidez de su asentamiento. El vigor endurece sus miembros, un vigor de hombre forzado; pero singularmente poderoso por la redondez de las formas y por la omisión de detalles de la musculatura. Agregad el conjunto, animad la fisionomía, es decir unid al vigor, de esta escuela dórica, la gracia animada de la escuela jónica, y tendréis un ejemplo completo de las diversas cualidades del genio helénico.

Influencia del arte griego en el mundo.

Así se anuncian en los siglos V y IV, períodos de desarrollo de este arte, cuya influencia debía ser, en edades posteriores, casi incalculable. Gracias á él nacerá el arte romano, gracias á él, después de la edad media, serán vivificados los tiempos modernos, y en el entusiasmo de su admiración, los artistas de los siglos XV y XVI, injustos para el pasado, afirmarán que la humanidad se durmió con un sueño de muerte, durante las tinieblas de la edad media, y que desde entonces sube hacia la luz por una suerte de resurrección, por un *renacimiento*. Italia, Francia, Flandes vendrán con frecuencia á bañarse en esta fuente de vida, en sus épocas más gloriosas, y si el siglo XVIII francés busca vías nuevas en pintura, el naciente siglo XIX profesará por el arte griego una adoración verdaderamente ciega. ¿Quién osará medir la influencia de este arte, comprendido y gustado en sus obras más puras, sobre el desarrollo general de la Europa de nuestros días?

Genio del pueblo griego.

Las cualidades nativas del griego son numerosas, y le distinguen de los pueblos orientales. El griego tiene necesidad de claridad y se complace, lejos de las abstracciones, en los contornos limitados; tiene el sentimiento de la medida, teme la exageración y desdeña las masas enormes y las monstruosidades de la naturaleza; ama la vida, y la muerte le preocupa poco; gusta con delicia la alegría de vivir, de ver la luz y le horrorizan los infiernos, porque los imagina tenebrosos y privados de vida: tiene en fin, el culto de la fuerza humana, que es el signo de una vida potente, y el de la belleza, que es la alegría y la perfección de esta misma vida. Lo débil y lo feo le repugnan.

De ahí esa dicha que se respira á través de las obras de su arte, esa aptitud para expresar el vigor unido á la gracia, esa humanidad de un arte que responde á las necesidades innatas en todos los hombres, esa facultad en fin de embellecer la naturaleza.

Realismo é idealismo en el arte griego.

Cuando es realista, como durante el período arcaico ó el de ciertos maestros del siglo IV, el arte griego no se limita á copiar la realidad; hay objetos que no copia jamás, y si aquellos que imita son feos ó informes, los anima con la expresión que en ellos sabe descubrir, la secreta alegría con que los interpreta, la amplitud con que suprime detalles, transfigurando el conjunto sin desfigurarlo.

— La mayoría de las veces el arte griego es idealista: el artista se forma desde luego una idea preconcebida, por ejemplo, del efebo, según la opinión que su tiempo y él mismo forman de la juventud, unida á la fuerza y á la elegancia, é imagina uno que no existe en la realidad. Después aborda el bloque de mármol y para modelar diversas partes del cuerpo, recuerda, tal brazo, tal pecho ó tal pierna que ha admirado en diferentes sujetos, y que responden á su idea, y compone el conjunto siguiendo la armonía y las proporciones que están conformes con esta idea que es su *ideal*.

Si el artista griego no cesa nunca de inspirarse en la naturaleza, tampoco llega hasta copiar servilmente todos los objetos que ésta le ofrece, sin antes escogerlos y mostrar en ellos el carácter esencial que encierran. En una palabra, interpreta la realidad.



VI

FIDIAS Y POLICLETO (1)

Siglo de Fidias.

Los griegos del siglo V acaban de rechazar la invasión de los persas; Atenas figura á la cabeza de Helas, y la riqueza afluye á ella después de la gloria. La democracia se desarrolla, y Pericles la guía con desinterés y nobleza, hacia altos destinos, embellece la ciudad, sin omitir sacrificio alguno, y Fidias, su amigo, dirige los trabajos.

Influencia de la religión y la literatura.

El arte griego llega á su apogeo y la religión y la literatura influyen, juntamente, para elevarlo á las más altas cimas. Los dioses griegos, desde los tiempos de Homero, no son monstruos, como los dioses egipcios y asirios: son hombres más vigorosos que nosotros y además inmortales. Por mucho tiempo la Grecia tiembla ante la fatalidad, y las tragedias de Esquilo están oscurecidas por el terror, que ante la faz de los dioses, siente el mortal miserable; pero bien pronto al terror religioso se mezcla un sentimiento razonado del poder divino, la esperanza en su bondad y la conciencia del deber y de la grandeza del hombre. Antígona de Sófocles todavía teme á los dioses del cielo más que á los reyes de la tierra, y entierra á su hermano, sobre todo, por hacerse agradable á los divini-

(1) Puede leerse á P. Pâris : *La Sculpture antique.*

dades infernales. El sentimiento del deber es en ella una forma del sentimiento religioso; su sublime moral no es sino piedad. Los contemporáneos que aplaudían su valor, sentían como ella una fe entera, fe en los dioses justos, que ennoblece el alma y eleva al hombre á sus propios ojos.

El escultor que traduzca estos sentimientos, expresará la concepción más serena y más humana de la divinidad de que es capaz, sino la humanidad, á lo menos su raza. Y si por fortuna, al mismo tiempo, el cuerpo humano ejercitado por numerosas generaciones llega á alcanzar su forma más bella, bastará que el artista mire á sus contemporáneos para transformarlos en dioses y completar su belleza física.

De este modo se explican en gran parte Fidias y Policleto.

Fidias.

El ateniense Fidias, el amigo de Sófocles y de Pericles, concibió, ejecutó ó hizo ejecutar, la decoración escultural del Partenón.

La colosal estatua de Atenea, que habitaba el santuario del Partenón, no ha llegado á nosotros. La diosa estaba de pie, vestida con una túnica; la coraza que protegía su pecho, era la cabeza de Medusa; su casco una esfinge. En una mano tenía una estatua de la Victoria, y en la otra una balanza; á sus pies se hallaba su escudo. Las partes desnudas eran de marfil, las niñas de sus ojos de piedras preciosas, la túnica que vestía estaba adornada con oro de diversos matices: era una guerrera invencible, fastuosamente adornada como un ídolo oriental.

Perdida está también, para nosotros, la estatua colosal de Zeus, que Fidias ejecutó para el templo de Olimpia.

La riqueza de la materia era digna del señor del Olimpo: su trono era de oro y marfil, y de oro y marfil la

Victoria que llevaba sobre su mano derecha; el cetro que tenía en su izquierda, estaba compuesto de todos los metales; su manto era de oro, y de oro también su calzado.

El artista había expresado en este dios la inteligencia que todo lo ve, el orden que rige todas las cosas, la potencia á la vez serena y temible del dios de los dioses, tal como lo pinta Homero en el cual se inspiró; « El hijo de Kronos frunce sus negras cejas, su divina cabellera se agita sobre su inmortal cabeza, y el vasto Olimpo tiembla. » Su estatua inspiraba á los griegos una concepción más elevada



Júpiter de Fidias.

de la divinidad: quien no había visto al Dios no podía ser ni feliz ni aun piadoso. Un padre de la iglesia cristiana confesaba, más tarde, que la vista de este Zeus le sumía en un inefable arrobamiento.

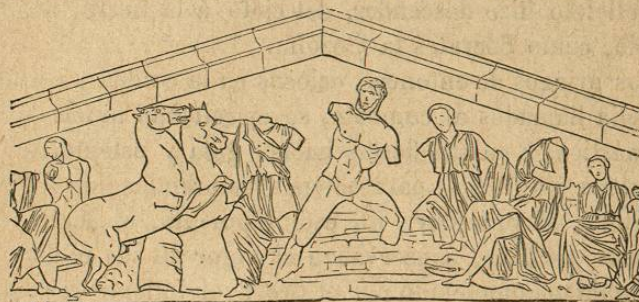
Si nos vemos reducidos á deplorar la pérdida de estas dos obras capitales de Fidias, fragmentos importantes de su mano, nos permiten juzgar, por nosotros mismos, los caracteres de su genio.

La superficie triangular, de los frontones del Partenón, presenta cerca de los ángulos de la base, al oriente, dos estatuas de diosas, y al occidente, una estatua del dios Río, que muestran las cualidades esenciales de este escultor.

La Primavera y el Otoño están representadas bajo las figuras de dos mujeres vestidas, sentada la una y dando el frente al espectador, de perfil, y casi acostada, la otra, sobre las rodillas de la primera. La Primavera en una actitud vigorosa, deja entrever, bajo la gasa ondulante que cubre sus formas, esa morbidez potente y esa exuberancia de vida unida á la delicadeza, que constituyen el encanto, siempre nuevo, de la estación de las flores.

El Otoño se extiende rendido por la fatiga, y su pereza le invita á apoyarse en las rodillas de la que le dió vida y á la cual está ligado por una cadena de afección y de parentesco; como en la Primavera, resplandece en ella la belleza; pero una belleza cansada, á la que bien pronto seguirán el agotamiento y la muerte: la tristeza que rodea la estación de los frutos y de las hojas marchitas.

El dios Río, en el frontón occidental, está también



Frontón del Partenón.

medio extendido, por estar cerca de un ángulo de la base. Vuelto hacia el espectador, se apoya en tierra sobre su mano izquierda, y dobla por la rodilla la pierna del mismo lado, que coloca bajo la corva derecha. La belleza de su cuerpo está imitada de la naturaleza, aunque raramente se encontrarán hombres que posean un pecho tan amplio, caderas tan redondas y costados tan bien formados para una fácil respiración. Esta belleza es sobrenatural, porque ningún mortal reunirá esta perfección de todos los miembros, con la cual la estatuaria ha dotado al Dios. Este río divino se distingue además por las cualidades propias que hacen de él no un dios, sino tal dios, un dios fluvial. Su posición, el movimiento del torso, la curva exquisita de la línea inferior, y la sinuosidad de la superior, la fluidez del abdomen, el abandono de los músculos en el muslo derecho, las esbeltas proporciones del conjunto, todo en fin trae á la memoria las perezosas revueltas de esos ría-

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO HERSBY"
1915

chuelos lípidos que regocijan el Atica con la frescura de sus aguas y la sombra de sus riberas.

Fidias poseía la delicadeza de los áticos y la fuerza de los dorios; así fué digno de llegar á ser el escultor de los dioses y entre estos de los dioses griegos.

Policleto.

Policleto hizo descender, del cielo á la tierra, la estatuaria, como Sócrates la filosofía.

Los griegos de entonces, ociosos en la ciudad y con frecuencia llamados al combate, se ejercitaban mucho en la gimnástica, y en sus fiestas hacían gala y ostentación de su fuerza y agilidad, para obtener los premios que cubrían de gloria al vencedor. En este momento, al acabar las guerras médicas, conservaban el vigor de sus miembros y lo habían completado por el desenvolvimiento razonado de la maña y de la habilidad. Policleto fijó en ese tiempo las proporciones del cuerpo con una precisión matemática, y distribuyó á los diversos miembros sus dimensiones, según la importancia del papel que cada uno estaba llamado á desempeñar, con arreglo á las ideas de un griego del siglo V. Su estatua del Porta-Lanza, hizo ley y fué un *canon* para sus contemporáneos. Admirador de la radiante belleza de las formas, concedía un lugar secundario á la expresión de la cara y á las aptitudes, y se fijó, entre todas las edades, en el florecimiento de la adolescencia que comienza á ser viril. Su obra maestra era una Amazona que reunía á la delicadeza de la mujer, la fuerza y firmeza de músculos del hombre. Todos sus contemporáneos y aun sus rivales, reconocieron la superioridad de esta obra y la colocaron en el primer lugar.

Nadie igualó á Policleto en la fineza y exactitud de los detalles, nadie poseyó mejor que él la ciencia del cuerpo humano, ciencia razonada, concepción nacional y humana á la vez, que implicaba una teoría sobre el papel del

hombre en la sociedad y sobre la humana perfección.

Fidias había creado dioses más bellos que los hombres, Policleto esculpió hombres tan bellos como dioses.

VII

LA ARQUITECTURA GRIEGA (1)

Los griegos tomaron de los orientales dos de sus principales ordenes arquitectónicos; pero los marcaron de tal modo con el genio helénico, que este perfeccionamiento equivale á una invención.

Distinción entre los ordenes griegos.

Los dorios eran una raza más fuerte y más sencilla que los jonios, que tenían más delicadeza y gracia. Los ordenes dórico y jónico, reflejan el carácter de cada uno de estos pueblos, y se distinguen por la proporción entre el diámetro de la columna y la altura del fuste. Por esta proporción se miden la distancia entre las columnas y todas las dimensiones del edificio.

Orden dórico.

La columna dórica se asienta sólidamente sobre el basamento, sin necesidad de base; es fuerte, su altura es igual á cinco veces su diámetro y está adornada con medias cañas poco profundas, que nada quitan á su vigor y fortaleza.

Para soportar el techo del edificio, tiene en su parte

(1) Puede leerse á Laloux: *L'Architecture grecque*.

superior un coginete circular y una placa rectangular sin adorno ninguno; el cornisamento es sencillo, y su mitad inferior está compuesto de bloques lisos; la mitad superior, el friso, solamente admite por intervalos y no siempre, bajos relieves poco recargados. El todo está coronado por una cornisa saliente, encima de la cual se eleva la superficie triangular del frontón, adornada de esculturas. Este orden se asemeja al atleta dórico que orgulloso de mostrar la fuerza de su cuerpo, apoyase sus pies desnudos sobre el suelo y colocase sobre su frente un sólido coginete, para soportar el bloque de mármol del edificio.

Orden jónico.

La columna jónica se apoya muellemente sobre una base, y se dirige más delicadamente hacia la cima; su altura es igual á nueve veces su diámetro, está adornada con estrías numerosas y profundas y para sostener el edificio tiene un capitel lleno de adornos y volutas, que parecen cabelleras fastuosamente rizadas. En el cornisamento, la mitad inferior pierde la maciza uniformidad del dórico, y por encima, sobre el friso, corre una serie continua de bajos relieves. El conjunto puede ser modificado por el gusto de los pueblos y del tiempo, y todo él admite variantes, hasta el punto que los ornamentos, las volutas y el fuste, son diferentes de un edificio á otro, y aun algunas veces en uno solo.

Este orden se parece á una mujer jónica, que obligada á llevar un peso, remediara la delicada desnudez de su pie con ricas sandalias, hiciese admirar la esbeltez de su talle, y adornase su frente para disimular el esfuerzo y la fatiga de su nuca.

Orden corintio.

Sobre la tumba de una joven corintia, su nodriza depositó un canastillo que contenía los objetos favoritos de la

infortunada doncella; en la primavera un acanto nació al rededor del canastillo y sus hojas le rodearon adornándole. Un arquitecto corintio lo tomó, en esta forma, como modelo, para el capitel del orden corintio, que fué el más florido y el más agradable al lujo de los romanos.

Los monumentos del Acrópolis.

Los órdenes dórico y jónico rivalizaron en esplendor para embellecer la meseta del Acrópolis, en donde se reunieron en el siglo V los templos de las divinidades atenienses, gracias al entusiasmo y noble ambición de Pericles. Allí se encontraban, la monumental entrada del Acrópolis, el templo de la virgen Atenea, el de la Victoria sin alas, el de Erección, y tantos otros.

Cuando el extranjero se aproximaba á la colina santa, delante del esplendente azul del cielo y de la brillante luz del sol, veía destacarse los menores detalles de los edificios y detrás de ellos, como fondo del cuadro, las sinuosidades de las colinas que contrastaban con la rectitud de las líneas monumentales.

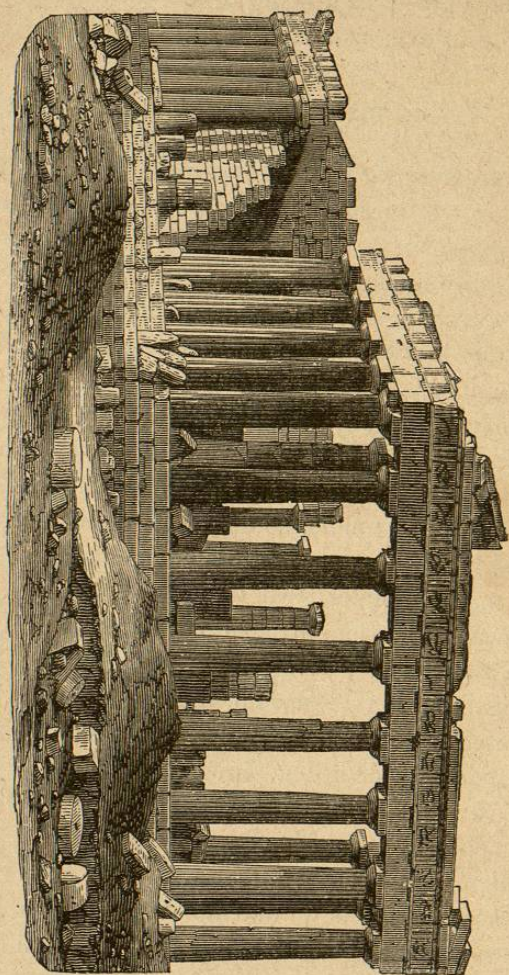
Avanzaba bajo el pórtico dórico de las Propileas, que desplegaba toda su severa belleza; admiraba su cima de bloques inmensos de mármol blanco, y penetraba después en el interior por una gran puerta que tenía toda la gracia, sobria todavía, del orden jónico.

Pero he aquí el Partenón imponente y espléndido, resplandeciente de amarillo, de rojo y de azul. Á sus pies, las irregularidades del terreno no han sido arregladas; tres altas escalinatas de marmol dan acceso al pórtico dórico que rodea al gran rectángulo del edificio; en lo alto el friso, cuenta el combate de los Centauros, y el frontón el nacimiento de la virgen Atenea. Desde el pórtico se penetra en el antesantuario, cuyo muro se eleva delante del espectador. En lo alto de este muro, sobre el friso, se desarrolla la brillante procesión de las Panatenas, viejos,

sacerdotes, vírgenes, víctimas; músicos, carros, caballeros : la ciudad entera.

No nos atrevemos á entrar en el santuario, es la mo-

El Partenón.



rada de la divinidad prohibida á los profanos bajo pena de sacrilegio, no sabríamos examinar sus naves, ni contemplar en el fondo, de pie, la lanza en la mano, resplandeciente de oro y marfil, á la gigantesca guerrera, la virgen

protectora, Atenea. Ella guarda detrás de su santuario, en un salón retirado, el tesoro de las ofrendas, que á sus pies ha depositado la devoción secular de los pueblos.

Al lado del Partenón se halla el templo jónico de la Victoria sin alas, encantador por la delicadeza de su orden y por las dimensiones y los bajos relieves.

Estos representan mujeres vestidas de gasas transparentes, una Victoria corona un trofeo, otra arregla su sandalia. Porte noble, formas elegantes, familiaridad en las actitudes, delicadeza en el trabajo, palpitación de las carnes bajo los paños; todo esto se admira en estos bajos relieves, que arroban aún á los más ignorantes.

¿ Que decir del pórtico de las cariátides que flanquea el Erección? Sobre un basamento de más de dos metros, unas columnas soportan una adornada techumbre; pero estas columnas son jóvenes hermosas : rígidas y fuertes, con sus carnes de mármol de Pentélico, capaces de soportar la pesada carga sobre su potente cuello, delicadas y frescas como la juventud virginal, son dignas sirvientas de la diosa Atenea.

Algunas ruinas, esparcidas sobre esta árida meseta del Acrópolis, en cuya ladera están los restos del teatro, en piedra, de Dionisios, hacen que el viajero deplora que el tiempo y los hombres no hayan respetado, á lo menos, esos monumentos de arte, que admirados y comprendidos, harían más dichosa y mejor á la humanidad.

VIII

EL ARTE GRIEGO EN EL SIGLO IV

Difusión.

En el siglo IV la rivalidad entre las ciudades griegas, agotó á Atenas, Esparta y Tebas, en provecho de Macedonia.